

"Art, Esthetique, Ideal," del Dr. Pedro Figari

I

Con verdadero placer, días atrás nos hemos enterado de la próxima reedición de "Art, Esthetique, Ideal", el interesante libro de Figari que en breve imprimirán las prensas de París.

Su primera edición, dada a la publicidad por "Le Groupement des Universités et Grandes Ecoles de France", ha circulado muy poco entre el elemento culto de América del Sur.

Conocido y admirado como pintor, Figari sigue poco menos que ignorado como autor de uno de los libros más interesantes—sino el más interesante— de cuantos hayan salido a la plaza con firmas americanas desde 1920 a 1926.

Hacer la exposición, el comentario y la crítica de su contenido en un artículo único es obra imposible, dada la reducción del espacio a que por fuerza nos hemos de ceñir.

Limitémonos, pues, a señalar sus principales características y a dar, en la medida de lo hacedero, una sumaria idea de su valor.

"Art, Esthetique, Ideal", es ante todo una saludable reacción contra los que estudiando estos temas, "au lieu de raisonner simplement, se sont enivrés d'images, de discours emphatiques, de périphrases ampoulées et ont voulu voir partout du prodige". Es, sobre todo, una seria tentativa para reducir a un sistema científico, comprensible para la razón, toda esa serie de fenómenos cuya enorme complejidad ha hecho que fueran consi-

derados como actividades de orden extrafísico, por las inteligencias que hallando más cómodas las vías de la divagación, de la fantasía y de la admiración incondicional traducida en hipérbolos infantiles, prefieren profesar una concepción metafísica y casi mística del arte para poderse sumir en el éxtasis de la contemplación, método muy recomendable para toda persona atacada de pereza intelectual que puede disimularse muy bien tras la indignación o el olímpico desprecio con que los "soi disant" artistas, suelen contemplar a los investigadores.

"Chaque fois que les Muses sont en jeu—dice Figari—les esprits les plus forts se sentent fascinés par leur charme et la raison perd ses droits pour faire place au rêve. C'est le règne de la confusion et du fabuleux".

Contra ese reino de la confusión y de la fábula es, pues, que Figari ha dirigido su pensamiento, tratando de imponer el orden y el sistema en un país donde la vaguedad es la ley.

El hecho de que Figari sea un artista de fama transcontinental, será para muchos una garantía de la solidez de sus juicios. Para nosotros esta condición no reviste valor especial alguno. Si la opinión de un artista es muy de tenerse en cuenta cuando ella se refiere al aspecto técnico de una obra de arte, no reviste en cambio mayor autoridad cuando ella pretende esclarecer el mecanismo íntimo de la reacción, o el proceso endopsíquico de la emoción estética, actividades ambas que sólo con un serio conocimiento de la psicología y de la neurobiología, pueden encararse y describir.

Sostener lo contrario equivaldría a admitir que el

artista (pintor, músico, poeta, etc.) por el sólo hecho de serlo y como don celeste, gratuitamente recibido, sería portador de toda una cultura positiva cuya adquisición no deja de presentar sus pequeñas dificultades...

En donde finca, pues, la autoridad de Don Pedro Figari—según nuestro modo particular de ver,—es en la clara inteligencia y la sana lógica con que encara los difíciles problemas que en su obra se discuten y en su firme voluntad de deshacer el estúpido mito de que el arte y su discusión sea "affaire" particular de alguna pequeña capilla de iluminados, como con exceso de buena fe algunos artistas y diletantes de la estética lo han querido suponer.

Ya se ve que "Art, Esthetique, Ideal", es el primer intento serio de una explicación racional de la estética, realizado por autor americano; intento que es en sí, como simple propósito, una obra del más alto interés y que necesariamente debe ser leída, criticada y discutida. Pues creemos que la crítica y la discusión deben constituir el homenaje más agradable que podamos tributar a los ancianos maestros que como Don Pedro Figari con su obra de artistas y de pensadores dan pruebas de una inquietud juvenil, que muchas veces echamos de menos en los que se creen los más elevados exponentes de la modernidad, sólo porque no han alcanzado a cumplir aún su cuarto de siglo, sin llegar a concebir que la verdadera vejez estriba en el hecho lamentable por el cual cada uno se resigna a vivir tras el cristal de sus anteojos.

José de ESPAÑA.